

**“BIENAVENTURADOS, MAS BIEN, LOS QUE OYEN
LA PALABRA DE DIOS Y LA GUARDAN” (Lc. 11, 28.)**

**Homilía en la misa del 12 de octubre, en la Ermita
de “Ntra. Sra. dels Torrents” (Municipio de Vimbondí).**

FOR

J. GONZÁLEZ-QUEVEDO MONFORT, S. J.

Hermanos: Las palabras que acabamos de oír son realmente asombrosas. Si no se las oyéramos a la misma Verdad encarnada, nos parecerían increíbles, y, desde luego, nunca se le hubieran ocurrido a nadie:

Levanta su voz una mujer del pueblo para llamar bienaventurada a la madre de Jesús, y responde el Señor: Más importante que ser madre de Dios es oír y guardar su palabra. Parece increíble, repito, y, sin embargo, es verdaderísimo.

Esta verdad la llevaba muy en el corazón el Señor. En otra ocasión le dijeron: “Tu madre y tus parientes están fuera”. Y respondió: “¿Quién es mi madre y quiénes son mis parientes? Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, añadió: He aquí a mi madre y a mis parientes. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos ése es mi hermano y hermana y madre” (Mt. 12, 47-50).

Y es verdad. Lo dice el Señor y lo había comprendido mucho antes su madre. De poco hubiera servido a la Virgen Santísima ser madre de Dios si no hubiera oído y guardado su palabra; si no hubiera cumplido su voluntad; si no hubiera sido *la esclava del Señor*. Aquí, más que allí, está el mérito de María. Pero vamos a considerarlo, porque realmente es admirable.

* * *

Viene el arcángel Gabriel del cielo con la embajada más trascendental de la historia de la humanidad y de la creación

entera, pues ni entre los ángeles, ni entre los habitantes de otros mundos, si los hubiera, puede darse nada más grande; saluda con palabras jamás oídas a una aldeanita, llamada María, desposada con un varón por nombre José, y la ofrece la dignidad más alta de la tierra y del cielo: ¡ser madre de Dios!

Se turba la niña con el saludo excepcional, reflexiona sobre él prudentemente, presenta como objeción su voto de virginidad perpetua, y con la seguridad de que podrá ser madre sin dejar de ser virgen, responde con serenidad y sin desvanecerse:

HE AQUI LA ESCLAVA DEL SEÑOR; HAGASE EN MI SEGUN TU PALABRA (Lc. 1, 38).

Es decir, se coloca en su puesto. Ser madre de Dios es una gracia inconcebible, infinitamente superior a todos los merecimientos de todas las criaturas, creadas y creables. La Virgen María, al verse objeto de tan incomprensible predilección divina, no pierde la cabeza; no se engríe como Luzbel en el cielo; permanece en la tierra, hinca los pies en el suelo, y con pleno conocimiento de la realidad considera que es criatura, y, por tanto, totalmente dependiente del Criador, y responde con naturalidad: *He aquí la esclava del Señor.*

Es verdad. Eso es la criatura; eso es colocarse en su puesto: esclava del Señor, pues lo es. Pero se necesita humildad para reconocerse y llamarse esclava del Señor cuando la ofrecen ser madre de Dios. También parece increíble. Tampoco se le hubiera ocurrido nunca a nadie, de no habersele ocurrido a la Virgen Santísima. Con razón dijo nuestra santa castellana que la humildad es la verdad (1). Y esa verdad es la síntesis maravillosa de la vida de nuestra Madre, hecha con su talento prodigioso, el mayor de la humanidad, si exceptuamos el de su Hijo. Su vida fue un continuo *fiat* a cada uno de los deseos e inspiraciones de su Hijo y de su Dios.

* * *

(1) *Moradas Sextas*, 10, 7. Este pensamiento, recibido por vía superior, como nos cuenta la Santa candorosamente, le había expuesto ya San Agustín y citado Santo Tomás: *Humilitas collocanda est in parte veritatis, non in parte falsitatis. Summa Theologica. 2, 2, q. 161, a. 3, arg. 2.*

Amigos de *La Ciudad Católica*, imitad en la humildad a vuestra Madre. Cuando oigo vuestras ponencias magníficas, tan profundas, tan certeras, de tanta amplitud y tanto detalle, tan lógicamente estructuradas, con tanta erudición y tan buen sentido, suscribo en el acto el juicio de un gran notario, con muchas horas de vuelo por toda la península, que nos acompaña este año por vez primera: "Son muchas cosas sensatas las que se oyen aquí en poco tiempo." Y añadido por mi cuenta, como expresé a uno de vosotros al felicitarle por su actuación maravillosa: Si "un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo", como escribió San Juan de la Cruz (2), ¿qué valdrán los pensamientos, tan elevados y tan profundos, con que usted nos ha regalado en su comunicación?

Pues bien, hermanos, todo eso, en sí y aisladamente, nada es y nada vale: Si ser madre de Dios de nada hubiera valido a la Virgen si no hubiera sido esclava del Señor, tampoco os valdrá de nada a vosotros vuestra mucha ciencia, amplísima cultura, fuerza mental y garra dialéctica, con todas las demás riquezas intelectuales y literarias que estáis derrochando aquí estos días. Nada hay grande ni valioso sino oír la palabra de Dios y cumplirla.

¿Y qué nos pide la palabra de Dios? "Toda la ley nueva, dice Santo Tomás, consiste en dos cosas: en la mansedumbre y en la humildad. Por la mansedumbre se ordena el hombre con relación al prójimo... Por la humildad se ordena con relación a sí mismo y a Dios" (3). Desde otro punto de vista es la misma enseñanza del Señor: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo. A estos dos mandamientos se reduce toda la ley y los profetas" (Mt. 22, 37-40). Porque, ¿quién ama a Dios, sino quien guarda sus mandamientos (Jn. 14, 15), sometiéndose a El

(2) *Dichos de luz y de amor (Avisos y Sentencias Espirituales)*, 32.

(3) *In Mathaeum*, 11, 29. Ed. Vives, 19, 403. San Agustín había dicho: *Tota medicina nostra ista est: Discite a me quoniam mitis sum et humilis corde. Sermo, CXLII, PL 38, 783, 7.* Y no se cansa de repetir a todas horas esta suavísima sentencia del Señor.

con verdadera humildad? Y ¿quién ama al prójimo, sino el que le soporta con verdadera mansedumbre, como enseña el Apóstol: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo"? (Galt. 6, 2). No cabe duda que si amáramos al prójimo le soportaríamos con facilidad; entre otras razones, por que quien ama bien no juzga mal (al amor le pintan ciego), y quien juzga bien no tiene dificultad mayor con su prójimo.

Por sorprendente y exagerado que parezca, es totalmente verdadero el pensamiento de Agustín: "La mayor parte de los males del género humano no brota más que de las falsas sospechas" (4). Es que la humanidad, por instigación del demonio, "padre de la mentira" (Jn. 8, 44) desde el paraíso terrenal, viene pensando mal, y así cree acertar: *Piensa mal y acertarás*, cuando, como prueba Balmes, nada hay más contrario a la recta razón que esa máxima perniciosa. ¿No enseña la experiencia "que el hombre más mentiroso dice mucho mayor número de verdades que de mentiras, y que el más malvado hace muchas más acciones buenas o indiferentes que malas"? (5).

Que la humildad consista en la sumisión son nada menos que Santo Tomás y San Ignacio de Loyola quienes nos lo enseñan. Dice el primero: La humildad, en cuanto es virtud especial, es la sujeción del hombre a Dios y a los hombres por Dios (6).

(4) *Sermo XXXVI*, PL. 38, 1404, 8.

(5) *El Criterio*, cap. 7.^o

(6) *Humilitas autem, secundum quod est specialis virtus, praecipue respicit subiectionem hominis ad Deum, propter quem etiam aliis humiliando se subiicit. Summa Theol.*, 2, 2, q. 161, a. 1 and 5. En la *Summa Contra Gentiles*, 4, 55 ad 17, repite lo mismo y precisa más su pensamiento. Suárez le explica plenamente, siguiendo a San Benito y al propio Santo Tomás: La humildad difiere de la obediencia y de la justicia para con Dios, porque propiamente no inclina hacia otro, sino que modera el afecto de la propia excelencia, y así contiene al hombre sujeto a Dios y a quien participe la excelencia de Dios. Consiste por tanto, esencialmente en la represión de sí mismo en presencia de Dios, para que no tienda a cosas grandes desordenadamente; pero se manifiesta principalmente en la obediencia. (*De Religione*, tr. 10, lib. 9, cap. 5, núm. 24. Ed. Vives, 16 bis, pág. 1029). *Infra suos terminos se contineat*, que había escrito Santo Tomás en el segundo texto citado.

Dice el segundo: La primera manera de humildad es que así me baje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios Nuestro Señor, de tal suerte que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a pecado mortal. La segunda humildad es más perfecta, pues ni por todo lo creado, ni porque la vida me quitasen, deliberaría en cometer un pecado venial, e incluye además la indiferencia perfecta (7).

Pero como la humildad es madre de la mansedumbre, según se desprende de San Pablo en el contexto del pasaje recién citado, se sigue que toda la vida cristiana consiste en la humildad, y, por tanto, la síntesis que nos hizo la Virgen de su vida es, como no podía ser menos, modelo y compendio de toda vida auténticamente cristiana. Por eso, como dice Agustín, “apenas hay página en los libros santos en la cual no resuene que *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*” (8). Y por eso Ignacio de Loyola, al hablarnos en *las dos banderas* “de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán”, pone como último escalón del que se sigan “todas las otras virtudes”, la humildad (9).

Finalmente, el modelo de toda santidad ese ejemplo nos dejó, como lección suprema: “Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp. 2, 8).

Imitad esa humildad de vuestra madre y de vuestro redentor, mejor dicho, seguid imitándola; porque esa humildad, esa sumisión a Dios y a los hombres, representantes de Dios, por Dios; ese oír la palabra de Dios y cumplirla, ese amar a Dios y al prójimo por Dios, es lo que venís haciendo, con constancia y sacrificio ejemplares, desde hace años, los amigos de *La Ciudad Católica*. Muchos de vosotros, desde hace años, repito, ayudados por la gracia divina, venís dando por la Iglesia y por la Patria

(7) *Ejercicios*, 165 s.

(8) *De Doctrina Christiana*, 3, 23, PL 34, 78.

(9) *Ejercicios*, 139 y 146.

lo que tenéis, que es vuestro dinero, y lo que no tenéis, que es vuestro tiempo. Es admirable. Es para llenarse de satisfacción y de esperanza, porque si no hay sacrificio estéril como es evidente, tantos sacrificios como venís haciendo desde hace tiempo darán su fruto. No sólo para vosotros eternamente en el cielo, donde no quedará sin recompensa un vaso de agua dado por Dios (Mc. 9, 40), sino aquí, en la tierra, en el establecimiento del poder temporal cristiano, por el que venís trabajando con gran visión, ya que “el bien cuanto más universal es más divino”, como escribió Ignacio de Loyola (10).

Tiene nuestra Santa castellana, la primera doctora de la Iglesia, un texto inapreciable, que parece escrito para nuestro tiempo y para vosotros. Dice:

“Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizafia que ha puesto (el demonio), que parece lleva a todos tras sí medio ciegos, porque es debajo de buen celo, levanta Dios uno que los abra los ojos y diga que miren los ha puesto niebla para no ver el camino (¡qué grandeza de Dios, que puede más a las voces un hombre solo o dos que digan verdad, que muchos juntos!), tornan poco a poco a descubrir el camino, dales Dios ánimo” (11).

La razón, lo sabéis muy bien (supuesto el auxilio divino proclamado por la Santa), es evidente: La verdad podrá ser oprimida, pero jamás vencida. Y cuando en pro de la verdad levanta bandera, no uno o dos, como dice la Santa, sino tantos y de tantas naciones, como se ve por los tres mil congresistas que concurren a Lausanne los últimos años, el triunfo, dentro de la Providencia obscurísima del Señor, parece asegurado.

El grano de mostaza (Mt. 13, 31), sembrado en las inteligencias y corazones de un grupo de amigos franceses en 1946, se ha convertido en un árbol grande, adonde vienen a cobijarse

(10) *Constitutiones Societatis Jesu*, p. 7, c. 2, n. 1. D.

(11) *Camino de Perfección*, 21, 9.

las aves del cielo, es decir, las almas cristianas que no pueden contentarse con arrastrarse por el suelo (12).

Por lo que a España se refiere, hoy, festividad de la Virgen del Pilar, madre de la Hispanidad, o de las Españas, como sabiamente dice uno de nuestros amigos, quiero extender a ella el pensamiento de Torras y Bages, que tan acertadamente se nos ha recordado estos días: "Cataluña será cristiana o no será". Evidente. Sin duda que el gran pensador catalán, conocedor de que las esencias de los seres son inmutables, como los números, y profundo conocedor de su pueblo, consideraba al cristianismo como constitutivo esencial de Cataluña, suprimido el cual quedaría suprimida Cataluña, como abstraída una unidad a cualquier número se acabaría con ese número.

Quien conozca un poco a Cataluña está plenamente de acuerdo. Más aún, hace años vengo creyendo y diciendo que lo mejor y peor de España está en Cataluña. Avalaré la parte positiva de mi juicio con una cita de Menéndez Pelayo, que incomprendiblemente desconocen los catalanes, cuando es para ellos más gloriosa que la del mismo Cervantes. A "la gran metrópoli me-

(12) Del nacimiento y desarrollo de *La Ciudad Católica* en sus primeros diez años se nos da un breve resumen en el primer apéndice de la magnífica obra, superior a todo elogio, PARA QUE EL REINE, de Jean Ousset —páginas xxxi, 923. Traducción española, Speiro, Madrid, 1961—. Es una verdadera enciclopedia sobre el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo, y sobre los errores modernos que le combaten: revolución francesa, naturalismo, liberalismo, socialismo, comunismo, totalitarismo; y al mismo tiempo un directorio de acción apostólica, doctrinal principalmente, adaptado a los tiempos modernos.

Su defecto, si defecto se puede llamar, es su inmensa riqueza doctrinal y documental, quizás no corregido, sino agravado para muchos lectores, con sus cuatro índices: sistemático o lógico (xix-xxx), analítico o de conceptos (793-815), de nombres o autores (819-914) y de materias o de la obra (917-923), pero todo de un valor inapreciable para el verdadero estudioso. Así lo proclamaron en el acto dos de nuestras primeras autoridades en el apostolado intelectual contemporáneo: J. Roig Gironella en el profundo y clarividente editorial *Revolución* de la revista *Espiritu*, 10 (1961), 58-62; y El Guerrero, *Un folleto sobre la Ciudad de Dios*, en *Punta Europa*, 6 (1961), 102 s.

diterránea" la presintió el polígrafo montañés con la intuición del genio:

DESTINADA ACASO EN LOS DESIGNIOS DE DIOS
A SER LA CABEZA Y EL CORAZON DE ESPAÑA
REGENERADA (13).

De las Españas habrá que decir hoy, día de la raza, porque también *las Españas serán cristianas o no serán*, como sería fácil de probar con los escritos de otro gran catalán, el genial Balmes. Y dicho sea también en honor de las representaciones mejicanas y lusitana que nos acompañan, y con la entera confianza de que la Virgen de Guadalupe y de Fátima les conservará ciertamente su esencia cristiana (14).

* * *

Para terminar, sin salir del tema de la Santísima Virgen y de la humildad, una última consideración. Todos estamos de acuerdo en la eficacia salvadora y santificadora de la devoción a Nuestra Señora. Todos admitimos la célebre frase del Santo Maestro Juan de Avila: "Más quisiera estar sin pellejo que sin devoción a Nuestra Señora", y la no menos célebre de San Luis María Grignon de Montfort de que la devoción a la Santísima Virgen es el camino más breve, más fácil y más seguro para al-

(13) *Est. de crítica hist. y literaria*. V. Ed. C. S. I. C., vol. 10, pág. 168. Por ser de justicia: *unicuique summ*, y por tratarse de un autor tan menéndezpelayista y por otras razones, me es grato confesar que este texto inapreciable me lo dio a conocer Pedro Sáinz Rodríguez en su valiosísima obra *Evolución de las ideas sobre la decadencia española* (Biblioteca del Pensamiento Actual, 114, Rialp, Madrid, 1962), pág. 547.

(14) Incluyo entre las Españas al hermano Portugal porque "españoles llamó siempre a los portugueses Camoens, y aun en nuestros días Almeida-Garret, en las notas de su poema *Camoens*, afirmó que españoles somos y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos en la Península Ibérica". Menéndez Pelayo en el *Brindis del Retiro*. Puede consultarse en *Antología General de Menéndez Pelayo* de J. M. Sánchez de Muniáin (BAC, Madrid, 1956), pág. 5.

canzar la santidad (15). Todos miramos a esta devoción como prenda segura de salvación de los individuos y de los pueblos (16). Pues bien, pregunto: ¿De dónde viene la eficacia salvadora y santificadora de esta devoción?

Para mí, no cabe duda: de que nos hace humildes, nos hace niños. La Virgen es madre, y ante las madres los hijos son siempre niños y se sienten niños siempre, y Dios, que "resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes" (Sant. 4, 6; 1 Pe 5, 5), puso por condición: "Si no os hiciéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt. 18, 3).

Hermanos, no cabe duda, la humildad es difícil. ¡Es el hombre tan grande! Lo estamos viendo aquí estos días: ¡cuánto talento, cuánta erudición, cuánta cultura, cuánta sabiduría; cuánta nobleza, cuánta simpatía!... Todos los días nos lo dice la prensa y el avance continuo en las ciencias empíricas; porque si miramos para fuera, se nos ha quedado pequeño el planeta, y la humanidad se ha lanzado a la conquista del espacio; y si miramos para dentro, la psicología profunda y la parapsicología nos descubren tales maravillas que nos fuerzan a reconocer que estamos hechos a imagen y semejanza de Dios (Gén. 1, 26 s.).

(15) La cita del Santo Juan de Avila no la tengo a mano. La de San Luis María en *Tratado de la Verdadera Devoción*, V, 5.

(16) Cfr. Nazario Pérez, *La Devoción a Nuestra Señora y la Eterna Predestinación*; idem, *María, Esperanza de la Iglesia*. Ambas en Sal Terrae-Santander. La primera, en la 5ª edición, pág. 53, trae en su contexto la cita de Avila, pero sin referencia. *La Cruzada de las Tres Avemarias* (Eduardo Dato, 3, Madrid) está editando estampas y folletos con tan salvadora devoción. Pero hoy, por desgracia, no encuentra ambiente. Permítaseme esta anécdota. Proponiendo yo a un directivo de una gran editorial catalana la reedición de la *España Mariana* del P. Nazario, hoy rareza bibliográfica, con el peligro real de la pérdida de innumerables noticias de nuestras glorias marianas, me respondió aquel hombre, que era un excelente católico: Mire, Padre, hoy eso no interesa. Si hacemos la edición con un desembolso de más del millón de pesetas, no quedamos con la obra en casa. Si se tratara de un libro sobre *la muerte de Dios*, se agotaba en una semana. Reconocí que tenía razón; pero pensé que la culpa la teníamos los eclesiásticos, dando conferencias para enseñar a leer a Robinson y Cía.

Y, sin embargo, la humildad debería sernos fácil. ¡Es el hombre tan pequeño! Un leve golpe, unos minutos sin respiración, unos grados de fiebre, y... quedamos convertidos en polvo. Y mirando más hondo: somos malos hijos de un buenísimo Padre; somos malos criados de un Amo buenísimo. ¡Hemos ofendido a Dios! ¡Seremos mal nacidos! Este aspecto consideraba San Luis Gonzaga cuando decía: "La humildad es flor de la tierra, que no se da en la tierra".

Pidamos a nuestra madre humildísima nos alcance la gracia de ser humildes como ella. Así sea (17).

(17) Al hablar de la sumisión de los amigos de *La Ciudad Católica* a Dios y a los representantes de Dios, no se puede ignorar que muchos lamentan y lamentamos la Ley de Libertad Religiosa de las Cortes Españolas en 1967, por sumisión a la *Declaración sobre la Libertad Religiosa* del Vaticano II. Muchos creemos conciliable el mantenimiento de nuestra *Unidad Católica* con la declaración del Concilio, rectamente interpretada, aunque en la práctica prevalezca la contraria. Son muchos los que escribieron sobre el tema con gran sabiduría y están dispuestos a defender su postura en disputa pública con cualquiera. Al rendirles en esta nota mi tributo de admiración, quiero citarles un texto de un carmelita holandés sobre el tema:

A partir de los Reyes Católicos, nuestros grandes monarcas "habían tratado siempre de conseguir la formación y el acrecentamiento de una fuerte unidad política, fundada en el mantenimiento riguroso de la unidad religiosa de sus súbditos y de la disciplina eclesiástica". Otger Stegink O. Carm., *La Reforma del Carmelo Español* (Roma, Institutum Carmelitanum, 1965), pág. 73. En mis varios viajes a Alemania, por los años cincuenta, con el recuerdo todavía vivo de la guerra, muchas veces compadecí a mis hermanos jesuitas alemanes, en los que el amor a su madre patria iba por un lado, y el amor a su madre la Iglesia por otro. ¿Llegarán esos santos amores a escindirnos también a los españoles?